

BUARQUE, Cristovam. A desordem do progresso: o fim da era dos economistas e a construção do futuro. Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1990, 186 p.

La obra de Cristovam Buarque, consultor de organismos internacionales y ex-rector de la Universidad de Brasilia, va dirigida a revisar y criticar la tarea que los economistas han efectuado y al mismo tiempo a señalar aspectos reales de los procesos económicos que acontecen al margen y a pesar de los especialistas.

Una introducción, nueve capítulos y la pertinente conclusión constituyen el cuerpo del trabajo.

Las palabras preliminares dan el registro crítico que se extiende hasta el final signado por una intención humanista y ecológica. El deseo central es provocar un debate que supere los escasos márgenes economicistas con que se han venido desarrollando los cambios en el llamado Tercer Mundo, particularmente América Latina y dentro de ella, Brasil. Una observación inicial efectuada en Manaus grafica los límites entre los que se debate nuestra existencia cotidiana. En una tórrida tarde de verano un automovilista conduce un pequeño vehículo con las ventanillas cerradas a pesar de no tener aire acondicionado para que todos piensen que goza de ese aliviador confort. La circunstancia lo invita a pensar cómo Brasil ve a Brasil, cómo el hombre dentro de un automóvil cerrado, sin aire acondicionado y en medio del calor, se ve a sí mismo, gracias al hecho de verse por los ojos de otros, aún a costa de sufrir mayor calor. En nuestros ámbitos la simulación del bienestar y la impresión de riqueza ha sido trasladada a otros niveles de la vida social y de los estudios teóricos que es dable hallar. Tal el

caso de los científicos sociales que han producido teorías que imaginan adecuadas a las que sus colegas desean. De este modo, elaboraciones que se dicen científicas, trabajando en la inconsecuencia, han influido en la divulgación y en la legitimación del absurdo. Buarque sostiene que es preciso explicar porqué los brasileros -¿y por qué no, buena parte de Latinoamérica?-, ha cerrado las ventanillas del país para dar la impresión del bienestar del progreso de EEUU. y Europa.

Las consecuencias devastadoras y destructivas que han originado descubrimientos y creaciones científicas en nuestro siglo, han puesto en evidencia aspectos perversos del conocimiento y al mismo tiempo la necesidad del paso de una ética explicativa a una ética reguladora. En efecto, tanto la física como las otras ciencias han pasado por tres etapas distintas: en un primer momento se deslizaron de una explicación ético deísta a una simple explicación de los fenómenos. En esta segunda etapa adquirieron un poder transformador con prescindencia de una ética. Mas, en una tercera etapa y por esas mismas consecuencias devastadoras, han accedido a la necesidad de un nuevo comportamiento ético de carácter regulador. Se trata de la necesidad de incorporar valores morales al uso de este poder ante la contradicción entre el proceso epistemológico del conocer y el proceso moral del uso de ese conocimiento. Bien observa nuestro autor que lo que en 1945 puso en evidencia la utilización de la bomba atómica, no fue el uso de la ciencia para la guerra, sino la dimensión del efecto que la ciencia también podía provocar. Paradojalmente, los científicos sociales en lugar de manifestar conocimientos superadores del estado de cosas dado, se han mantenido en la posición de neutralidad de los filósofos sociales de los siglos XVII y XVIII, cuya motivación era tan sólo explicar el funcionamiento de la sociedad. Aquellos hombres trabajaron

para crear una base de conocimientos que legitimase las nuevas exigencias del comportamiento necesarios para la naciente revolución industrial y que formulase para el funcionamiento del proceso social, explicaciones con la misma independencia, neutralidad y refinamiento que los físicos venían desarrollando desde el Renacimiento. Se trataba de elevar los fenómenos sociales a la categoría de objetos físicos, manteniendo, no obstante, la sujeción a las premisas éticas del capitalismo naciente. "Hoy la ciencia económica continúa sirviendo a la legitimación del comportamiento de los agentes económicos, formulando razones cuya justificación sólo se explica por cultos tan ilógicos como los de las religiones antropológicas" (p. 19). A la vera de los procesos económicos reales, los estudios económicos optaron por explicaciones cuya supuesta neutralidad ha prescindido de la ética, apelando a una visión mecanicista donde las variables implicadas, el trabajo y la naturaleza, han sido tratadas como objetos celestes en la mecánica newtoniana.

Se intentó eliminar del saber económico los juicios de valor apelando a un nuevo juicio de valor: el de que la ciencia económica no debe tener juicios de valor y por tanto tampoco una ética propia. Curiosamente fue un profesor de ética el que liberó a la economía de la misma ética. En efecto, Adam Smith dio los tres principios de la ciencia económica contemporánea: 1. Redefinió el concepto de riqueza que ahora pasó a ser el poder de producir. 2. Retiró la voluntad de Dios y de los hombres de la lógica que explicaba reglas del funcionamiento económico apelando a la "mano invisible" como reguladora del proceso económico. La ética de la libertad de cada agente económico se construyó a través de la abolición de toda ética en la economía. Se mantuvo la misma neutralidad que en la época de la esclavitud, sólo que a través de una explicación diferente.

Marx mismo se movió en una dimensión que no incorpora el valor ético a las explicaciones económicas, así por ejemplo, el concepto de explotación es consecuencia de una constatación científica antes que una derivación de su conciencia social. Lo que Buarque quiere explicitar aquí es que si bien una conciencia ética, comprometida con las masas proletarias, pudo ser el incentivo para la busca explicativa, ésta al ser formulada, asumió un carácter científico. Para Marx, la explicación de la teoría de la explotación no es fruto de un presupuesto de justicia, sino de descubrimiento, a partir de la observación real, de que el trabajador no recibía la totalidad del valor de la mercancía que producía. Ricardo había formulado con anterioridad la idea de que el capitalista era propietario del "trabajo muerto", congelado en las máquinas. La diferencia entre Marx y Ricardo no se mueve en el plano de los valores éticos, sino en el desinterés de este último para ver la realidad, dado que la definición de explotación desnudaba su posición de clase, en conflicto con sus propósitos éticos. Con los neoclásicos la visión de Smith se fortalecerá a través del andamiaje matematizante al que acudirá para sus explicaciones.

Después de las primeras décadas del s. XX el conocimiento económico pasa a cumplir una función puramente explicativa, a tener una función tecnológica de intervención en el proceso social. Keynes percibirá la necesidad y la posibilidad del Estado para intervenir en los desequilibrios económicos desde una posición aparentemente técnica. Después de la Segunda Guerra Mundial, con instrumentos keynesianos, se intentó el desarrollo de los "países atrasados". No se trataba de continuar un rumbo social ya consolidado, sino de cambiarlo. La ciencia asume un papel interventor, abandona la neutralidad ante la naturaleza y los valores culturales locales, manteniendo una supuesta prescindencia ante los resultados.

En las tres líneas básicas de los economistas - neoclásicos, marxistas ortodoxos y keynesianos-, no se pone en cuestión a los valores éticos a los cuales debe servir. Durante su desarrollo histórico las ciencias se han organizado manteniendo una radical separación entre el hombre y la naturaleza, separación que ha tenido lugar en la misma consolidación del proceso civilizatorio que escindió al hombre de la naturaleza. La ciencia económica que sería la más próxima para integrarlos tampoco los ha unido.

La naturaleza es despojada de valor por no contener el trabajo del hombre, tanto para clásicos como para marxistas. En ambas líneas falta una visión más amplia del proceso natural, dentro del cual se sitúa también el proceso económico. Sin embargo, en los últimos veinte años tres niveles de constatación han llevado a un cambio de esta situación. En el nivel ideológico la conciencia de que los resultados del proceso de desarrollo ya no satisfacen a los consumidores. En el nivel ecológico, la conciencia del deterioro que la naturaleza ha venido sufriendo y el agotamiento de ciertos recursos. En el nivel político, la observación de la imposibilidad de mantener las desigualdades crecientes entre naciones y entre clases dentro de una misma nación. La solución deberá iniciar una etapa superior de racionalidad que una la razón de la ciencia natural con la lógica de la ciencia social y humana. Una razón que totalice el proceso; una lógica que defina la racionalidad de la transformación de la naturaleza en un nuevo tipo de antropocentrismo. La propuesta del autor es encontrar una razón lógica en la que el proceso económico, la ciencia y la tecnología se subordinen a los principios éticos y en la cual la naturaleza sea también un sujeto del proceso de su transformación en los productos materiales y culturales de los hombres. El punto básico de esta reflexión estaría en formular una lógica asentada en un principio y en tres áreas

del conocimiento que abarquen el reino mineral, vegetal y animal en torno al hombre para la ampliación del horizonte de libertad de la humanidad.

La ética, la economía, y la ecología serían el triángulo que dimensionaría los procesos creativos del hombre más allá de una idea economicista del progreso que ha producido tantos desórdenes en esos tres ámbitos que hoy se manifiestan en la degradación social, ambiental, cultural, internacional, estadual y en la conciencia de un futuro que se presume trágico.

Para Buarque lo que se necesita es un nacionalismo firme que defina autónomamente los propósitos y el uso de los recursos nacionales, pero al mismo tiempo cosmopolita, en la medida en que no ignore la realidad del proceso de integración y las ventajas que puede proporcionar si las decisiones son acordes con los intereses nacionales.

Los ensayos que integran este volumen muestran no sólo los intereses epistemológicos de Buarque sino su enfoque y opiniones sobre temas de interés político, social y económico en una línea que viene siendo anticipada en América Latina desde fines de los años 60 sin que hayan perdido vigencia. Sin embargo, la complejidad de los conflictos actuales nos hace entrever que la resolución de las dificultades que atraviesan nuestro pueblos son complejas cuando nos acercamos al conocimiento de lo social. Lejos de ver a las ciencias sociales como simples explicaciones abstractivas de los procesos reales, Buarque considera que ellas deben contribuir al descubrimiento de un nuevo orden que desde un marco ético sea respetuoso de los seres humanos y de la naturaleza.

Clara Alicia Jalif de Bertranou